

individuales, cuando hay una gran dictadura, vienen fatal y necesariamente las revoluciones. Por eso os pido á todos, señores diputados, y pido al señor presidente del Consejo de ministros, que tanta influencia tiene en este momento histórico para descargar la atmósfera en que estamos, el pararrayos de la libertad y del derecho.

DISCURSO

pronunciado en la sesión del 13 de Diciembre de 1876
sobre la ley de reemplazos

Señores diputados, cuando se comenzó este debate no pensaba tomar parte alguna ni en su fondo ni en sus incidencias; pero aludido repetidas veces, me veo obligado á hacerlo, con tanto más motivo, cuanto que hoy el Sr. Jiménez Palacios, en su elocuentísimo discurso, ha tenido á bien hablar de mis arrepentimientos, tema que por lo visto va siendo de moda. Yo me he arrepentido; lo he dicho muchas veces, y no hay para qué recordármelo, en uno solo de los cuatro principios que tiene la doctrina profesada por mí: quiero la libertad total; la democracia plena; el gobierno que está en armonía con estos dos principios fundamentales; lo que no quiero es un principio que puede existir lo mismo en las Repúblicas que en las Monarquías, que existe en Austria y en Prusia. De esto me he arrepentido. ¿Por qué echármelo tanto en cara?

Lo dije ayer: estoy decidido á dar á todo Gobierno, sea cual fuere, en tanto que defienda la independencia, la integridad, la totalidad de la patria, aquellos medios que necesite, repetiré las mismas palabras, para imponer la paz

dentro y el respeto fuera; y no creo que las observaciones, encaminadas al mayor perfeccionamiento de la organización de nuestro ejército, puedan tomarse como actos de oposición sistemática. Aludido, si no en mi persona, en mi administración y en mi gobierno, por los diputados militares, sería descortés no responder á sus alusiones, y ciertamente debo contestar á todas ellas.

Hace pocos días, el señor ministro de Estado, naturaleza más bien severa que benévola, creo que en esto no hay ofensa, dijo en la otra Cámara algunas palabras que me mueven á gran agradecimiento, sobre una cuestión de mucha importancia política y graves relaciones internacionales; y en este debate han dicho los militares cosas muy agradables para aquél Gobierno, y que endulzan amarguras inenarrables y desvanecen calumnias indecibles; lo cual prueba, después de todo, que no hay tanto apasionamiento en España como se dice, cuando sobre los intereses de partido se levantan las ideas que prestan un culto sagrado á la verdad y á la justicia. Gracias os doy, señores diputados, en nombre de mis compañeros, no menos adictos que yo á aquellas instituciones y á aquella política, porque de todo se puede acusar á mi gobierno, de inexperiencia quizá; pero hay que reconocer que en aquellos cuatro meses tan terribles, en que á cada paso surgía una gran dificultad y obstáculos insuperables, jamás nos atuvimos á los intereses de partido, sino que siempre atendimos ante todo al servicio, al lustre y al esplendor de la patria.

Y entro ya en el fondo del debate, porque así puedo á la vez contestar á las alusiones y objetar á la comisión. Yo me opongo á este artículo con toda la vehemencia de mi carácter, porque destruye el principio de los principios democráticos, el servicio obligatorio, y restaura el privilegio de los privilegios doctrinarios, la redención por dinero. El servicio obligatorio es la compensación del derecho, es el complemento del sufragio universal, es la gimnasia en que las fuerzas de la nación se emplean y se ejercitan, es

la grande escuela en que todas las clases se confunden y en que todas ellas, sin distinción de nacimiento, títulos ni riqueza, aprenden que todo lo deben á la patria, cuyo es el sepulcro y la cuna, á la patria á que deben desde la lengua en que vierten sus ideas hasta el hogar en que dilatan sus corazones; la grande escuela donde aprenden que todo lo deben á la patria, lo mismo el sacrificio de sus fuerzas que el holocausto, si lo exige, de la propia existencia.

Gracias á la redención por dinero, una parte importantísima de nuestro ejército será desde hoy ejército voluntario, y yo no conozco principio alguno de las escuelas más avanzadas de la democracia, aun de las que están confiando con la demagogia, que se encuentre más conforme con el principio de la comisión, Si leéis los documentos que han circulado, si no aquí en otras partes; si estudiáis las manifestaciones de las escuelas más avanzadas de nuestro país, vereis que todas ellas van á parar al principio que la comisión establece por medio de la redención: el principio del ejército voluntario. ¡Ah señores diputados! Yo he visto siempre en los partidos que se creen más avanzados y más radicales lo contrario de lo que hay en los seres más rudimentarios: en los seres rudimentarios existe muy desarrollado el instinto de conservación, y en los partidos avanzados y especialmente en los partidos avanzados españoles; no veo más que el instinto de perdición. El ejército voluntario es un principio esencialmente nobiliario y aristocrático. Todos hemos leído en nuestras mocedades la historia de Roma y de Cartago; la historia de la lucha entre estas dos grandes ciudades. Cartago era culta, Roma inculta; Cartago rica, Roma pobre; Cartago poderosa, Roma débil; y Roma venció á Cartago, á pesar de tener ésta el escudo del genio tempetuoso de Aníbal, y no por su cultura, inferior á la Cartaginesa, sino por la superioridad de sus ejércitos movidos por el deber sobre los ejércitos movidos por el dinero; sí, por la superioridad de un ejército de ciudadanos sobre un ejército de mercenarios.

Además, ¿qué nación admite hoy en Europa el servicio voluntario? Exclusivamente la nación inglesa. ¿Y por qué? Porque á pesar de la transformación de sus instituciones, á pesar del movimiento de sus ideas, á pesar de sus reformas electorales, Inglaterra es hoy todavía una nación aristocrática. Por eso tiene un ejército voluntario, un ejército que en estos momentos supremos le impide oponer ciertos vetos á las desapoderadas ambiciones del Norte.

El ejército voluntario no sólo es una fuerza aristocrática, sino que es también una fuerza esencialmente cesarista. Ha dicho el gran historiador Juan Bautista Vico que la historia de Roma es como la escuela de la humanidad, porque allí se encuentran enseñanzas para todos los casos y ejemplos para todos los tiempos. Pues bien; ¿cuándo cayó la libertad romana? Cuando dejó de ser soldado el ciudadano de Roma. Entonces las legiones del Pretorio asfixiaron á Tiberio y buscaron entre las cortinas del palacio de los Césares la sombra de Calígula; entonces las legiones de España y las Galias opusieron Galba á Nerón; y las de Roma Oton á Galba; y las de Panonia opusieron Vitelio á Oton; y las de Oriente Vespasiano á Vitelio, hasta que, llegando á los últimos extremos aquel ejército de voluntarios, sacaron los pretorianos á la puerta de los cuarteles la púrpura imperial, la pusieron á pública subasta y la declararon para el mejor postor; que á eso se entregan los pueblos que bajan su coyunda á los Césares y á sus viles é infames pretorianos.

Ahora bien, señores; comprendiendo yo esta gran verdad, antes de que viniera la República defendí desde este sitio los ejércitos forzosos contra los ejércitos voluntarios. Sin embargo, debo decir una cosa. En el grupo más avanzado de mi partido existía la preocupación arraigadísima de los ejércitos voluntarios. Tres clases de ejércitos voluntarios se ensayaron en aquel tiempo. Primero se improvisó un Estado Mayor, creyendo que por improvisado sería agradecido; y ese Estado Mayor se fué casi todo á Carta-

gena; desgarrando las entrañas de la libertad y de la democracia, al mismo tiempo que desgarraba las entrañas de la República.

Se repartió luego entre lo que se llamaba milicia nacional voluntaria republicana, un gran número de armas en todas las ciudades del Mediodía, y esa milicia nacional, ó se fue con el cantón, ó no le opuso la debida resistencia, á excepción de algunos batallones que se batieron bizarra y brillantemente en Cataluña, en Aragón y en Castilla, y sobre todo en Gerona, donde mandaba voluntariamente algún ilustre joven. Entonces, Gobiernos anteriores á mi Gobierno, que era el más conservador dentro del partido republicano, disolvieron la milicia nacional; porque si cada cual ha de recoger las responsabilidades y las glorias que le toquen en la reconstitución del ejército y de la autoridad, fuerza es decir que no toda la responsabilidad ni toda la gloria me tocan á mí personalmente.

Y vino entonces una tercera clase de ejército de voluntarios: los que se llamaron los *francos*. Señores, hay tal repugnancia en nuestro carácter al oficio de mercenario, que aquellos hombres perturbaron todas las ciudades, conmovieron todos los ánimos, atizaron la guerra civil, y fue necesario disolverlos, y los disolvió el más radical de todos los ministros republicanos.

Cuando llegué yo á la Presidencia del Gobierno, ya no existía ni un resto siquiera de las diversas armas y de los diversos ejércitos voluntarios. Mi ilustre predecesor, por razones respetabilísimas, no quería aplicar la pena de muerte ni aun al ejército. En vano le dije la necesidad que tenía de aplicarla, y cómo la pena de muerte existía en Suiza y en los Estados-Unidos, y cómo el mismo Garibaldi, que ha sido el héroe legendario de la epopeya de la libertad en el mundo, tuvo que fusilar varios soldados la noche misma en que se encargó de la dirección del ejército de los Vosgos. Su conciencia pudo más que mis ruegos y mis súplicas, y yo entonces, respetando mucho su conciencia,

tomé sobre mis hombros, porque no había quien la tomara, la carga del gobierno.

¡Ah! La insurrección cantonal, dígame lo que se quiera, no había sido como la insurrección carlista. La insurrección carlista tenía una fuerza, tenía una tenacidad, tenía una pujanza que jamás han tenido las insurrecciones cantonales, verdaderos fuegos de artificio. Yo entonces, señores diputados, me encontré al subir al Gobierno casi concluida la insurrección cantonal, excepto en dos ciudades: en una por ciertas debilidades, y en otra por ciertas fortalezas. Entonces, señores diputados, lo que me encontré casi perdido, agravada su situación de una manera horrible, fué el ejército.

¡Ah! Yo no quiero decir, yo no quiero recordar siquiera, porque todavía se me parte el corazón en pedazos, las angustias que pasé cuando, teniendo 15.000 hombres en Cataluña, no podíamos mandar un convoy para socorrer á Berga; y perdida Berga, quedaba toda la frontera catalana libre para los carlistas, que hubieran descendido desde allí como el alud á nuestras provincias interiores. Entonces, señores diputados promulgué la ordenanza, restablecí la pena de muerte, llamé al cuerpo de artillería, reuni en torno mío los generales que me parecieron más ordenancistas, les dije que respondía de sus cabezas con mi cabeza ante la representación nacional, y les conjuré para que por todos los medios restablecieran con severidad incontrastable la disciplina militar y nos salvaran de aquella anarquía que á más andar nos acercaba á D. Carlos, y que sin remisión alguna nos perdía y nos deshonoraba á los ojos de Europa. (*Grandes aplausos.*)

Pero con haber hecho esto, no habíamos hecho nada. Necesitábase, además de restablecer el ejército existente, llamar nuevos soldados á las armas. Las circunstancias eran por extremo angustiosas; los obstáculos por extremo insuperables; pero nuestra voluntad y nuestra resolución también eran, señores diputados, invencibles. Encontreme

con una ley, y la cumplí con decisión y la apliqué sin contemplaciones.

Aquella ley fue obra de una Asamblea mal juzgada hoy por las pasiones del momento, pero que obtendrá preciado lauro en las páginas de la historia; Asamblea que abolió la esclavitud en Puerto Rico, y que proclamando el servicio obligatorio, proclamó el último en la serie de los grandes principios democráticos, que fueron alma y vida de la revolución de Septiembre, y que tarde ó temprano serán también alma y vida de la nación española.

¿Quién ha dicho, quién ha podido decir con fundamento que aquel ensayo no fué afortunado? ¿Pudimos hacer más en menos tiempo? A los dos meses teníamos reunidos, armados, equipados 52.000 hombres que combatieron con los demagogos en Cartagena y con los carlistas en Barbarin y Montejurra. Era de ver, era de sentir la fraternidad que reinaba en todas las clases. Los coches de la aristocracia se veían ocupados por jóvenes soldados, los cuales decían con su uniforme que había dejado de ser su oficio un oficio servil en nuestra patria. Las clases todas se confundieron en el sentimiento del deber. Quejábanse, como es natural, las familias; pero de aquella juventud no salía una queja; veíase rejuvenecerse aquel espíritu militar que ha sido siempre la fuerza de nuestra patria y la causa de su prestigio.

Entre soldado raso y sus jefes se establecían las relaciones que existen de antiguo en otros pueblos menos democráticos que el nuestro. Teníamos el propósito, y lo hubiéramos realizado con aquella manera de servir á la patria, teníamos el propósito decidido de acabar con esas categorías de oficiales de reemplazo y de oficiales en activo servicio, que son causa de rivalidades dolorosas y germen de perturbaciones continuas. Poned el servicio obligatorio, organizad las reservas de suerte que desde veinte á cuarenta años todos los españoles pertenezcan al ejército en los diversos grados de actividad que requieren las edades di-

versas, y vereis como toda esa plana mayor apartada del servicio, obligada al reemplazo, tiene empleo y no malgasta inútilmente en el ocio su tiempo y sus fuerzas. Si otras razones no hubiera, esta sería potísima para abonar y sostener el servicio obligatorio.

Tres clases de ejércitos llenan la historia militar contemporánea: los ejércitos quintados, cuyo fundador es Napoleón I; los ejércitos voluntarios, cuya representación principal se encuentra en Iglaterra; los ejércitos forzosos, la obra de Prusia.

La escuela liberal se decidió por los ejércitos voluntarios, y no alcanzó que defendiendo en apariencia la libertad, realmente defendía el privilegio en las naciones y la aristocracia en el ejército, la primera república francesa alcanzó sus épicas victorias por medio de lo que se llamaba el levantamiento en masa, y que podíamos llamar nosotros la nación en armas. Pero Napoleón, como conquistador, como César, como tirano, quiso tener un ejército personal, é inventó el ejército quintado: la depuración de la vida nacional llamaba á las quintas. Decía que el soldado era su hijo, y esto no obstaba para que sacrificase 500.000 hombres en España, prescindiese de los veteranos de Massena, enviara los restos del ejército de la república á Santo Domingo para que murieran envenenados por el clima, é inmolará en Austerlitz y en la Moscowa una parte considerable de su ejército en los juegos de su táctica y al brillo de sus victorias. Bien pronto conoció las consecuencias de sus errores. Jamás aquel gran genio militar estuvo tan inspirado como en la campaña del 13 y del 14; y sin embargo fue vencido, porque su ejército no era una nación y porque la Francia, tan gloriosa, había quedado reducida á un mero campamento.

Explica Napoleón su derrota de Waterlloo por no haber oído Grouchi el cañoneo del monte San Juan, y no haber evitado la reunión del ejército de Blucher con el ejército de Wellington; pero la historia dirá que se perdió por no ha-

ber apelado en aquellos momentos supremos al armamento nacional y haber creído que no existía el pueblo francés.

Los ejércitos quintados se han perdido en Waterlloo y en Sedan, y los ha reemplazado el ejército que se recluta por el servicio universal obligatorio y forzoso. Prusia, Suiza, nación revolucionaria aquella, nación republicana ésta, han acreditado la nueva forma que toman las fuerzas nacionales. Vencida Prusia en la batalla de Jena, se le obligó á tener tan solo un ejército de 45.000 hombres; pero los estadistas prusianos sacaban todos los años ese número, lo adiestraban en los ejercicios de las armas, lo despedían á manera de una reserva, y el año 1815 tuvieron de esta suerte el ejército que ha sido la base de su grandeza. Todas las naciones han tenido que imitarlo. Háse admitido naturalmente la transacción prudentísima que debe haber en las realizaciones del ideal. Italia y Francia sobre todo han pasado con pulso y medida de una forma á otra forma de ejército, pero han pasado. Austria admite la organización prusiana. Rusia, donde el privilegio de la exoneración estaba muy extendido y los soldados se recogían por levás, ha organizado el servicio universal obligatorio. Si algo me tranquiliza en los conflictos europeos presentes, si algo me inspira confianza de paz, señores diputados, es el pensar que Rusia ha realizado esta reforma solo desde 1874, y que pudiendo darle 2.500.000 hombres, no los tiene todavía verdaderamente apercibidos á una larga y procelosa campaña. ¿Queréis vosotros que sea España una excepción imposible, dado el principio de solidaridad europea?

Señores, si en alguna parte el ejército compuesto por toda la nación tiene precedentes, sin duda alguna, es en nuestra España. Cuando se acabaron nuestros tercios de Flandes y de Italia, nacieron nuestras milicias provinciales, germen verdadero del servicio moderno y destinadas á grandísimas glorias en los azares de nuestra política. La

táctica moderna se divide en esos tres grandes momentos. Táctica lineal del Gran Federico de Prusia. Táctica de Carnot, que crea, las divisiones y les da cierta independencia. Táctica de Napoleón, que liga las divisiones con el Estado mayor administrativo, estratégico y táctico, moviendo 200.000 hombres con la misma ó mayor facilidad que Carnot movía 50.000. Pues leed los autores militares; leed sobre todo á Rustow, al ilustre catedrático de Zurich, cuyas obras han pasado á ser clásicas en todas las bibliotecas; y á estas tres tácticas encontraréis unida otra que se llama la táctica de las guerras nacionales y que lleva un nombre de todos nosotros idolatrado, que lleva el nombre de táctica española. Los grandes ejércitos que representan la nación en armas son los ejércitos españoles; y la grande ocasión de estos ejércitos fue la mayor, y si no la mayor, la más gloriosa de toda nuestra historia: la guerra de la independencia,

En Bailén teníamos 9.000 hombres de línea para 27 á 28.000 de ejército improvisado; en Epila perdió Palafox casi todo su ejército, y solo 300 soldados quedaban dentro de los muros de Zaragoza; el marqués de la Romana se encontraba en el Norte; las milicias provinciales de Valencia con Junot en Portugal. Estábamos vendidos por los mismos que debían habernos amparado. Carlos IV cedía como un predio la nación al extranjero; Ferdando VII entregaba la espada de Pavía en manos de Murat. La traición nos había tomado San Sebastián, Figueras, Monjuich; y en este supremo instante cuando la nación advirtió su inmensa é irreparable desgracia, estalló toda entera en el armamento nacional. Asturias declaró la guerra y sacó de los riscos de Covadonga los nuevos redentores de la patria. Santander, con el núcleo de los milicianos de Laredo, improvisó un ejército. Galicia puso 40 batallones en pie de guerra, y entre ellos el célebre batallón literario. Zaragoza convirtió las mujeres en artilleros, los niños en zapadores, los ciudadanos todos en soldados, las frágiles paredes

de sus casas en muros inexpugnables. Porque la nación no quería ser vencida, y no lo fué: que mientras quedase de pie uno solo de sus hijos, en él quedaba toda entera su alma; y el alma de los pueblos sí que es completamente inconquistable é invencible. Pues bien; el armamento universal que nos salvó en aquella ocasión, debe elevarse hoy á ley perenne de nuestra vida y á institución permanente de nuestra patria.